



INTRODUCCION

Un domingo al atardecer, en San Pedro de las Colonias, Francisco I. Madero, en el quicio de la puerta de su casa, veía las calles polvorientas. Sobre la mesa en que se habían escrutado los votos para elegir Presidente Municipal, constaba la voluntad de la mayoría de los habitantes. Madero meditó sobre los sucesos de aquel día: la reunión en la Plaza de Armas, las amenazas de la policía, las chicanas de las autoridades, la solidaridad del pueblo y su “serena razón” —así lo escribió en sus *Memorias*—,³¹⁷ le hizo comprender que había obrado bien.

Otoño de 1904. En San Pedro de las Colonias, pueblecito de Coahuila, se había iniciado una pacífica rebelión contra el sistema político del gobierno. Los rancheros, sus parientes y sus empleados, agrupados en clubes cívicos, hacían los primeros ensayos para recobrar la soberanía popular. Madero escribió, brevemente, los principios de sus demandas: divulgar la instrucción pública, principalmente la rural; asegurar a los ciudadanos sus derechos electorales y consignar, en la Legislatura del Estado de Coahuila, el principio de No Reelección.

Dos años más tarde se enfrentaban los clubes, ya organizados en todo el Estado, al candidato de Porfirio Díaz. Y otra vez, como en San Pedro de las Colonias, las autoridades salieron con la suya. De aquella experiencia Madero obtuvo provechosas lecciones y propuso, a los más optimistas, la organización de un Partido Nacional Democrático, sosteniendo, como principio, la No Reelección. Sus lecturas espíritas le daban a Madero la certidumbre de que el mundo estaba presidido por una armonía universal, humana, social y política, la cual se manifestaba en las órbi-

³¹⁷ Francisco I. Madero, *Mis Memorias*, en Pro Madero. México, 1920.

tas precisas de los astros y en la vida de los infusorios; el hombre, para alcanzar la armonía con el universo, debía elevarse, eliminar sus defectos, aumentar sus conocimientos y adquirir mayor bienestar. Los hombres perversos eran hermanos de una escala vital atrasada; los que sufrían, depuraban sus faltas; los que estudiaban, practicaban el bien. El destino de los hombres era el de luchar por la bondad, por la redención de los ofendidos; esforzarse por difundir la instrucción pública, apresurando la moralización de todos y el desarrollo de sus virtudes, más con frecuencia —escribió— “no son suficientes los esfuerzos en esa esfera y es preciso actuar en otro terreno más escabroso, luchando contra los malos gobernantes que entorpecen toda acción altruista, que oprimen a los pueblos y no les dejan ninguna libertad, ni para trabajar ellos mismos en su propio mejoramiento”. Empeñarse en dar libertad a los que padecían a manos de los perversos, era cumplir una misión impuesta por el Creador. “Un pueblo que no disfruta de libertad —sentenció— es porque está gobernado por la violencia y el capricho.” Los hombres debían procurar que en sus pueblos hubiera plena libertad y cumplimiento de la Ley; para lograrlo no importaba sacrificio alguno: el ejemplo de Jesús, de los mártires y de los héroes, había sido el derramar su propia sangre por la humanidad.

En el Congreso Nacional Espírita, celebrado en la ciudad de México en marzo de 1906²¹⁸ propuso, para lograr el progreso humano, “desprenderse de las pequeñeces de este mundo, tener la mirada siempre fija en altísimos ideales y dedicarse resueltamente a trabajar por su triunfo”. La armonía de los contrarios, la ejemplaridad de la conducta, el respeto a los acuerdos de la mayoría, el estudio y la preparación, aconsejaban la censura de la violencia; no se podía suprimir la maldad humana por otro medio que el de la perfección individual. La prudencia y la bondad, en una época dominada por las tinieblas, abrirían la era del “poder moderno” contra el poder absoluto que gobernaba el país. Las asechanzas de los malos, la inutilidad a que estaba condenado Madero por la posición social, se despejaron al persuadirse de que era un medium escribiente.

²¹⁸ Véase *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, por José C. Valadez. Ant. Librería Robredo. México, 1950. Tomo I, cap. 3o., pp. 125-165.

Un día, no sin gozo, con letra grande y temblorosa escribió: "Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo." A la mediumnidad debía su moralización y de ésta dimanaba su afán de abolir la violencia que dominaba al pueblo mexicano. Su método espírita nada tenía que ver con "apariciones, ruidos producidos sin causa aparente, levitación de mesas en las que varias personas ponían las manos, y muchos otros dichos de hechicería y milagros"; él —confesó— se apoyaba en una ciencia: la ciencia espiritista.

Con las manos invisibles de todos los que sufrían, Madero levantó la mesa en que se había apoyado don Porfirio durante 29 años. Sus convicciones políticas, escritas en su libro sobre la sucesión presidencial, enunciadas en la Convención Antirreeleccionista del 25 de abril de 1910, en el Plan de San Luis y en los convenios de Ciudad Juárez, no serían distintas a las de su borrador, escrito en San Pedro de las Colonias hacia 1906.

Seis años más tarde, Madero enjuiciaba su obra en un discurso a los diputados. 20 de noviembre de 1912. Luis Cabrera, guardándose sus palabras para cuatro días después, en la ceremonia de colocación de la primera piedra del monumento a Aquiles Serdán, había dicho, no obstante, que el pueblo esperaba las reformas prometidas por la Revolución. Veía Cabrera, sin duda alguna —tal fue la imagen que forjaba de aquellos días— miles de manos en alto, reclamando tierras propias. Madero habló pausadamente. Señaló, como origen de la incertidumbre pública, que no había respeto a las autoridades. Repitió su lección: la fuerza perdurable estaba en la ley; el extremo contrario, en la dictadura: fuerza sin leyes. Otra vez la lucha del bien y del mal; el derecho y la violencia. Nadie parecía oírle, persuadidos como lo estaban de que Madero gobernaba con sus enemigos contra sus amigos. Sin alterarse, Madero tocó un tema que le angustiaba: la prensa. "En ningún país del mundo —dijo—, por más libertad que disfrute, no hay una libertad para la prensa tan desmedida como la que tiene México... Todas las instituciones son injuriadas..."²¹⁹

Ni Gómez Farías, ni Juárez, fueron insultados como lo fuera Madero. *El Mañana*, de Luis M. Rábago; *La Tribuna*,

²¹⁹ *Obras Políticas*. Ob. cit., p. 501.

dirigido por Nemesio García Naranjo; *El Noticioso Mexicano*; *The Mexican Herald* —Rodrigo de Llano, Piña, Rómulo Velazco Ceballos— dirigido por Paul Hundson; *La Nación*, del Partido católico; *El País*, órgano del antiguo “partido conservador clerical”, de Trinidad Sánchez Santos; *El Multicolor*, del español Marcos Victoria, ilustrada por García Cabral; *Frivolidades*, etc., etc., corroboraban al pie de la letra una verdad ya dicha por Lenin: “En vida de los grandes revolucionarios —y Madero lo fue—, las clases opresoras les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfrenada de injurias y calumnias. Después de su muerte, se intenta convertirlos en santos inofensivos...”²²⁰

De las miles de páginas escritas contra Madero, las de José Juan Tablada²²¹ —por el oficio con que están escritas— definen el odio de la clase opresora contra Madero; el desprecio por sus ideales; el culto a la violencia; la furia con que veían el ascenso del pueblo. Tablada era un escritor representativo del egoísmo —ya señalado por Ponciano Arriaga— de los que “reniegan de su patria y anhelan irse para el extranjero, diciendo que este país no tiene remedio”.

En el elogio que Tablada hiciera de Victoriano Huerta —el Huerta entrapujado, con lentes oscuros y sable en mano que ordenaba a Rubio Navarrete disparar y volver a disparar sus cañones en Bachimba— reconocemos las voces de quienes, devotos, llevaban a enterrar el muñón de

²²⁰ *El Estado y la Revolución*, en *Obras Completas*, Edit. Problemas, B. Aires 1943. Tomo 3o., p. 197.

²²¹ En la edición de *Madero-Chantecler*... México, 1910, no aparece el nombre de Tablada como autor de la obra; en su biografía publicada por la Academia de la Lengua, tomo VII. México, 1946, pp. 326-7, no la incluyó Alberto María Carreño, José Luis Martínez, en su *Literatura mexicana siglo XX* (1910-1949), México, 1950, no la cita; sin embargo, las referencias de que se trata de una obra de Tablada, son numerosas: Alfonso Taracena, en *La verdadera historia de la Revolución Mexicana*. Jus, México, 1960; Luis Cabrera, en sus *Obras Políticas*, la considera atribuida a Tablada; en las *Fuentes para la Historia Contemporánea de México*. El Colegio de México, tomo III (Ficha No. 22904), la incluye como obra de Tablada, etc., etc. El estilo, ceñido, y la tendencia al epigrama de la obra de Tablada, son visibles aunque infortunados en “Madero...”

Santa Anna como una reliquia; las de quienes, desde el coro de la catedral de Guadalajara, echaban sus latines a Miramón. —¡Oh caudillo inmortal!— las de los notables, entre las cuales sobresalía, temblorosa, la de Gutiérrez Estrada, proclamando, arrodillado, “emperador” a Maximiliano. Una voz, en fin, tradicional por su abyección.